

Comentarios a la Regla de Vida

Hermano Benjamín

*El ejemplo de Jesús,
que se dirige sin cesar hacia su Padre,
nos muestra la necesidad
de la oración continua.*

Capítulo IX. La vida de oración. Artículo 129. El ejemplo de Jesús

Érase una vez un hombre que fue un domingo a la iglesia. En las lecturas oyó la expresión “orad sin cesar”. Estas palabras lo removieron interiormente y durante toda la celebración estuvo buscando el significado preciso, la forma adecuada de practicar la oración continua. Cuando llegó a casa buscó en la Biblia la frase evangélica; la encontró en la primera carta a los tesalonicenses: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús”.

La idea le siguió rondando por la cabeza durante los días sucesivos hasta convertirse en casi una obsesión. En una sociedad caracterizada por el olvido de Dios, este hombre tenía necesidad de saber qué significaba orar sin cesar. Decidió ir a consultar a un especialista en religión, una eminencia que era citada a menudo en los círculos sociales más importantes. El especialista le habló sobre la oración en general, los frutos de la meditación y el mindfulness, la necesidad permanente de volver sobre uno mismo para recuperar el control de su vida. Pero no supo explicarle la manera de orar permanentemente; es más, le dijo que eso podía ser perjudicial para su propia vida y que había que tomar las cosas en su justo término.

Al cabo de unos días alguien le dijo que había un eremita que vivía en soledad y era especialista en oración. Fue a su cueva y le preguntó qué significaba orar sin cesar. El sabio le respondió que la oración continua es un esfuerzo incesante del espíritu humano para alcanzar a Dios. Pero al preguntarle cómo se podía hacer, tampoco supo responderle. Le dijo que él mismo todavía no había llegado hasta allí, y le recomendó que buscara por sí mismo.

Más adelante le hablaron de un monasterio muy apartado del mundo donde los monjes dedicaban muchas horas a la oración. Efectivamente, nada más cruzar las puertas del cenobio experimentó la paz reservada a los que se han apartado del mundo para mirar solo a Dios. Después de un tiempo pudo entrevistarse con el abad, que le recomendó que, para encontrar lo que andaba buscando, debía primero alejarse del mundo y entregarse por completo a Dios. Pero tampoco suplo enseñarle una técnica consistente para practicar la oración constante.

Lo narrado hasta ahora es una recreación libre del comienzo de *El peregrino ruso*, un libro clásico de espiritualidad aparecido en el siglo XIX y que, al parecer, proviene de un manuscrito de un monje ruso del monte Athos. El lector curioso puede encontrar en sus páginas una apasionante lectura para el verano, la detallada descripción de la epopeya del personaje en la búsqueda de la oración continua, una práctica que recomienda y prescribe nuestra Regla de Vida.